

RESEÑA

Iván Jaksic. *Andrés Bello. Repertorio americano. Textos escogidos*.

Santiago: Penguin Random House, 2019. US\$19,5 (ISBN: 978-956-968-7341), 488 pp.

Hernán Larraín F., Ministerio de Justicia, Chile

Referirme a obras del significado de *Andrés Bello. Repertorio americano*, de Iván Jaksic, para alguien como yo, alejado ya de la vida académica desde hace algunos años, y desde el mundo práctico y concreto de la política, constituye un desafío que, con cierta audacia, he aceptado emprender. El atractivo de Bello es demasiado fuerte.

Si bien en la memoria colectiva de nuestro país Andrés Bello ocupa un lugar prioritario, el tiempo transcurrido, la relativización de nuestras fuentes de pensamiento, la precariedad de nuestra visión histórica, y la fuerza vital y arrolladora de una sociedad que perdió su punto de sustentación a raíz de experimentar una transformación constante que ha constituido la vida en poco más que un proceso, hace que figuras de la envergadura de Andrés Bello pierdan su relevancia y pasen a ser figuras decorativas del acceso a una universidad, un monumento que a pocos les dice qué significado posee en su vida personal o para la historia de nuestro país.

Autor prolífero, emprendedor de mil aventuras, sabio de tamaño colosal, abordar su obra es tarea mayor. Para la inmensa mayoría, hacerlo es un imposible metafísico: se trata de centenares de trabajos de la más variada inspiración que, unidos a una vida de historias, viajes, activismos variados y profundos, convierten este intento en algo muy complejo de abordar y comprender en nuestros días. Vivimos un tiempo

HERNÁN LARRAÍN es abogado de la Pontificia Universidad Católica de Chile y máster en Derecho de la Universidad de Londres. Desde 1984 es Profesor Titular de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y entre 1976 y 1986 fue vicerrector de esa misma casa de estudios. Senador de la República desde 1994, es actualmente ministro de Justicia.

sin tiempo, lo que dificulta aprehender realidades del pasado, y mucho menos a personas y momentos confusos y fluidos del ayer. Por eso es que debemos valorar el esfuerzo intelectual que realiza Jaksic al hacer este trabajo que nos permite, a través de una introducción lúcida y sencilla, acercarnos al personaje y absorber de su misma fuente la razón de su trascendencia.

El prólogo de esta recopilación nos hace revivir a Bello desde su nacimiento en Venezuela hasta su deceso en Chile, atravesando por un período fascinante en la vida de nuestro país y de todo el continente, como lo es la primera mitad del siglo XIX. Los nombres de nuestras calles, que llenan nuestras efemérides, que iluminan nuestros monumentos, que relatan nuestras primeras historias compartidas, forman parte de una sucesión de hechos que se encarnan en la biografía y recorridos con que Andrés Bello va avanzando en su existencia: de los movimientos independentistas y su relación con figuras preclaras de la historia venezolana —como Francisco de Miranda o Simón Bolívar—, de su vida en Londres y su contacto con filósofos como James Mill (padre de John Stuart Mill), de las dificultades para comprometer a Inglaterra con la causa independentista americana, o de sus penurias económicas que, no obstante, no le impedirán mantener labores académicas de alta exigencia. Su fragilidad de ingresos, nos recuerda Jaksic, fue lo que lo acercó a nuestra legación diplomática, tomando contacto con José Antonio de Irisarri y luego con Francisco Antonio Pinto, que cuando asumiera la presidencia de Chile le abriría las puertas para venirse a nuestro país. Y en Chile se convierte en un ciudadano ilustre que, sin dejar jamás su nacionalidad venezolana, desarrollará aquí lo mejor de su obra.

La forma que sigue Iván Jaksic para abordar a Bello constituye un prisma de mucha originalidad, cuyo mejor resultado es permitir alcanzar una mayor comprensión de su pensamiento, así como de su contribución a nuestro país y el continente americano: lenguaje y literatura; educación e historia; gobierno, derecho y relaciones internacionales. Según Jaksic, este es el mejor esquema para entender no solo “los intereses principales de Bello, sino también los temas clave para la fundación y consolidación de las naciones de Hispanoamérica”.

Tal no ha sido el plan de otros, como lo fue el de Roque Esteban Scarpa en su *Antología* de Andrés Bello. Esta última obra, de naturaleza más exhaustiva, separando prosa de poesía, ordena la escritura Bello de

acuerdo a sus diferentes momentos: americanista, educador, senador, legislador, crítico literario, crítico teatral, filólogo, latinista, filósofo, gramático y naturalista. Alternativas válidas según cuál sea la perspectiva desde la que se quiera aproximar a la figura, el atractivo de la obra que reseñamos aquí —y sin desmedro alguno a lo realizado por Scarpa— es que no solo facilita conocer la contundente contribución intelectual de Bello en múltiples planos, así como valorar su sabiduría, sino que nos acerca a entender el sentido que lo anima en su laboriosidad, las raíces desde donde surgen sus impulsos, hasta los sueños y aspiraciones que lo motivan a perseverar en un camino que le será irrenunciable a lo largo de su vida.

Esta tarea no es menor. Resulta siempre difícil saber y entender bien qué es lo que uno piensa; con mayor razón, saber cuál es el hilo conductor de lo que otro piensa, estructurado a lo largo de una vida, es una meta dura de lograr. Eso, porque siempre las bases conceptuales a partir de las cuales uno se yergue son imprecisas, inciertas, están en evolución, en constante aprendizaje, se van transformando según la realidad y la evidencia empírica, se dejan llevar por influencias que a veces no son pasajeras y, sin embargo, al decantarlas con la reflexión serena que permite el tiempo y la distancia, cuando se trata de alguien sobresaliente, surgen los elementos que permiten entender la inteligibilidad que une los hechos. Ese es el valor que le asigno a la clasificación que nos ofrece Iván Jaksic para leer y entender a Andrés Bello.

Tal afirmación se fundamenta en que, por la época en que le toca vivir a nuestro ilustre venezolano, y conocida su naturaleza humanista e intelectual, de una apreciable diversidad, encasillarlo puede ser riesgoso y quizás algo inútil. Esa variedad abre resquicios múltiples para salir de cualquier etiqueta. Sin embargo, existen elementos que permiten aceptar la propuesta unificadora del autor.

Con todo el crepitar del despertar americano, en medio de sus inquietudes poéticas y del lenguaje, van asomando en Andrés Bello algunas constantes que permiten interpretarlo. La más fuerte, en palabras de nuestro autor, lo que hace de guía invisible de su conceptualización, es “el tema del orden como el más importante para la consolidación de la independencia”. Este factor nos parece esencial de asimilar, porque su ausencia podría dejar a Bello como un sabio más, pero no como ‘el’ sabio que contribuyó a darle una suerte de columna vertebral a su con-

tribución regional. Bello vive un momento histórico sin precedentes, un momento de cambios que genera una incertidumbre sin límites. Algo semejante a lo que vivimos en estos días, cuando parece que estamos en tránsito permanente, en que no vamos de un estado a otro, sino más bien nos movemos de un cambio a otro cambio; esto es, nuestra existencia es un pasar continuo, de duración indefinida.

Al querer darle a su aporte intelectual un sello en torno al orden, lo que el humanista decimonónico hace no es otra cosa que darle viabilidad a la incerteza, generar un horizonte de expectativas. No es un orden cualquiera, es uno basado en la ley y la cultura. En un momento en que las naciones emergentes carecen de instituciones sólidas y poseen una economía incipiente, ¿en qué fundamentos se puede instalar una cierta sensación de seguridad que permita construir un estado en forma? Fundar un orden y todo un proyecto para consolidar la unidad interna, nacional y regional, en fuentes como la literatura medieval y la jurisprudencia romana, nos revelan cómo en sus cimientos intelectuales está la ciencia y lo central de las ideas: el *logos*, la palabra.

Muchos cuestionaron a Bello entonces porque no se resolvía a definir una propuesta moderna y renovada. Le cuestionaron su entendimiento con Portales por lo mismo. No obstante, más allá de cualquier consideración crítica, en ese elemento radica su objetivo no revelado: en darle orden, en darle fluidez a los procesos, en pasar de un estado a otro con un pie puesto en la tierra, sin olvidar el pasado y las fuentes de sustento de ese orden, sin perjuicio de abrir paso a una estructura de poder y gobierno diferente, basado en nuevos conceptos, que apoyará en la medida en que se van haciendo carne en los hábitos colectivos y no en las utopías más populares.

Será siempre discutible, pero los credenciales republicanos y democráticos de Bello no pueden ponerse en duda —como lo hicieron algunos, entre ellos el propio Bolívar, que lo tildaban de pro monárquico— porque quiso un tránsito paciente, responsable, gradual. Quizás su mejor respuesta será la consolidación de Chile como un país ordenado, frente a un puñado de naciones que tomaron años en asentarse y alcanzar una institucionalidad seria y sustentable.

Ese afán por el orden y la unidad se verá reflejado en los diversos ámbitos en los que Iván Jaksic estructura la selección de textos que compila en su libro. Muy decidor de este prisma lo es su primer enfoque,

el de lenguaje y literatura, que se representa con mucha claridad en la reproducción de párrafos de su *Gramática de la lengua española*. Sin mencionar el registro de sus reflexiones en torno al lenguaje desde los puntos de vista conceptual e histórico, que realiza en diversas obras citadas en esta edición y que resultan dignas de admiración por su completitud y envergadura, este acápite nos revela su voluntad unitaria y también su sello americanista. Ello queda en evidencia cuando nos dice: “Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre varias naciones de origen español derramadas entre los dos continentes”. Facilidad de comunicación, subraya por una parte, acentuando su interés porque los pueblos, a través del lenguaje, fortalezcan su espíritu identitario, base esencial para su preservación como tales a través del tiempo. De otra, la mantención de un idioma vivo, simplificado a través de su docto trabajo, pero común a naciones que surgen de igual tronco y que deben mantener una relación de ‘fraternidad’, cuya vitalidad, afirma, no se expresa en la singularidad de los elementos de una lengua, sino “en la regular uniformidad de las funciones que estos ejercen”, pues de ahí deriva la necesidad de la mantención del castellano como eje que evita poner “estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional”. Del lenguaje a la estructuración de un orden social. ¡Notable!

Más adelante, y asumiendo la segunda aproximación de nuestro autor, referida a la educación y la historia, encontramos también la proyección de sus ideas —entre otras citas— en su discurso pronunciado con motivo de la fundación de la Universidad de Chile. Allí manifiesta con claridad otro de los aspectos que van dando forma a ese orden anhelado; señala con mucha pasión lo siguiente:

Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetivos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas.

Tal claridad de pensamiento, que pareciera anticipar el debate de nuestro tiempo respecto de la valoración y prioridad de la educación,

constituye una fuerte reafirmación de una voluntad para construir la república sobre rocas, no sobre fantasías populistas. No hay futuro en los tiempos modernos sin esa base esencial, la que exige que la enseñanza se propague a todos y no solo a las elites que usufructúan del poder, y que incluye, como lo reitera Bello en esta misma intervención, a las ciencias y las humanidades, esto es, a todo saber y conocimiento. Debemos destacar, una vez más, la coherencia de su mirada cuando advierte que esa educación general, para todos, es el cimiento de las instituciones, la base del orden.

Avanzando en ese mismo propósito, será en la elaboración del Código Civil donde Andrés Bello no solo alcanzará las más altas cumbres de su creación, sino que en esa obra encontraremos su contribución más lúcida a la creación de un país en serio, con destino universal.

Bello llega a Chile en 1829, luego de casi dos décadas de ires y venires institucionales, ensayos constitucionales y reyertas de diversa índole, sin haber asentado un estado en forma. Chile era entonces poco más que un experimento. La llegada del venezolano coincide pues con un momento de inflexión en el que un conjunto de personalidades, los Portales y los Marianos Egañas, tienen la posibilidad de instalar un nuevo orden en el cual se pueda estabilizar el país naciente. Bello logra posicionarse en ese contexto y ganar la confianza de estos protagonistas, quizás ayudado por no ser un criollo más, representante de alguno de los bandos en pugna. Su contribución será, en ese minuto y en los años que siguen, simplemente gigantesca. De nuevo, con virtudes y defectos, con admiradores y detractores, el paso del tiempo —algo que esta recopilación permite aquilatar con creces— permitirá reforzar una contribución irremplazable de nuestro sabio humanista.

Iván Jaksic nos permite sopesar su aporte a través de diversos textos en el tercer y último capítulo del libro, donde subdivide el ordenamiento de las páginas seleccionadas, que van desde las Reformas a la Constitución (lo primero era tener un orden constitucional), pasando por la Observancia de las Leyes, para culminar con la Exposición de Motivos, referida al nuevo Código Civil. Este proceso de asentamiento nacional siguió un camino que se caracterizó por rescatar lo bueno del pasado español, pero asumiendo nuevos senderos de modernidad republicana, democrática y normativa, para así encauzar el nuevo régimen y permitir su consolidación. Este perfil lo describe bien el texto que se reproduce referido a sus diferencias con Lastarria respecto de la heren-

cia hispánica que este último recrimina. Bello le dirá que, compartiendo algunas de sus críticas, valora y rescata el legado institucional ya que estima que Lastarria solo parece destacar “con profusión las sombras”, olvidando las luces y aportes que nos deja el pasado colonial, reconociendo lo que España representa luego de siglos de progreso cultural.

Como anticipaba, será el Código Civil su obra mayor y su herencia más potente para Chile. Esta le permite, en nuestra opinión, alcanzar la cúspide de su producción intelectual. El inicio de la república sorprende al país con una variedad normativa que impedía lograr un orden claro que diera viabilidad a la convivencia ciudadana. A las Reales Cédulas y Provisiones Españolas se habían sumado las Ordenanzas de Bilbao, de Intendentes y de Nueva España, y la Recopilación de Indias, la Novísima Recopilación, el Fuero Real y el Fuero Juzgo, y las Leyes de Partida, a lo que se agregaba la legislación nacional emanada del nuevo gobierno de la república. En un ambiente de desencanto y descrédito de la normativa pasada, la búsqueda de nuevas rutas legales, algunas de inspiración francesa a la luz de su ya reputado Código Napoleónico de 1810, la necesidad de estructurar un esquema legislativo ordenado y ordenador, no una mera recopilación, se hizo patente desde muy temprano. Pero consumir este anhelo era una tarea de titanes. Por ello, como muy bien lo señala Pedro Lira Urquieta, destacado civilista:

Era tarea relativamente fácil la de designar comisiones tras comisiones que se encargaran de esa empresa, y a eso se redujo, en la mayoría de los casos, el afán de los Cuerpos Legislativos. Lo importante era encontrar el hombre versado y tenaz que solo o en el seno de comisiones, se impusiera el trabajo arduo de componer el Código. Chile tuvo la suerte de contar con ese hombre. Esa gloria estaba reservada al venezolano Bello, quien a poco de llegar al territorio chileno, ya en 1831, se consagró en ese intento con ejemplar constancia hasta darle cima en 1855, año de la promulgación del Código Civil Chileno. (Lira Urquieta 1971, 148)

Se cumplía lo que el mismo Andrés Bello había dicho: “Se hace necesario refundir esa masa confusa de elementos diversos, incoherentes y contradictorios, dándoles consistencia y armonía y poniéndolos en relación con las formas vivientes del orden social” (cit. por Lira Urquieta 1971, 148).

Este cuerpo legal será clave para asegurar el respeto a la ley y el acatamiento institucional a las autoridades nacionales, ya que estableció las bases del derecho general y la forma de relacionarse entre las personas en sus más variados ámbitos. Fue modelo de otros códigos y sentó el camino de una cultura legal que afirmó el nuevo orden. Quizás como pocos hechos singulares, este trabajo resulta indispensable para entender por qué Chile es diferente a otras naciones, por qué su historia siguió una huella original, propia y auténtica.

Por eso, entonces, aplaudimos el esfuerzo de Iván Jaksic en este trabajo de recuperar a Andrés Bello en *Repertorio americano*, que pone en contexto cada una de las principales páginas creadas por el ilustre venezolano. Contribuye así a preservar la memoria histórica y rinde un nuevo homenaje a quien merece mantenerse vigente ante las nuevas generaciones.

En estos días de mucha turbulencia, cuando por razones que no cabe analizar en esta oportunidad, la presencia venezolana ha vuelto a cobrar actualidad en nuestro país, nada más adecuado que recordar lo que otro venezolano hizo por Chile en instantes cruciales de nuestra evolución. Fueron momentos de intercambios que deben servirnos de ejemplo en el debate sobre las migraciones que se ha producido por esta y otras situaciones de estos días. Nuestra nación, también a través de migrantes, fue parte de acontecimientos relevantes en otros países durante el proceso emancipatorio de comienzos del siglo XIX. Así podemos recordar a José Joaquín Cortés de Madariaga, chileno, sacerdote y escritor que, por azares de la vida, llegó a Venezuela al despuntar de ese siglo, se incorporó activamente a la vida local, junto a Miranda y otros, y protagonizó hechos que resultaron centrales en la independencia de Venezuela, terminando por ser considerado en ese país como uno de los próceres de dicho movimiento. Su recuerdo hoy puede servir para valorar lo que extranjeros en origen terminan siendo al final del día: parte activa de las sociedades a las que llegan, colaborando con tanta o más fuerza que cualquier otro nacional a su desarrollo.

En la lectura de *Repertorio americano* encontrarán un motivo de legítimo orgullo por acercarnos tan fecundamente a un sabio humanista como difícil haya otro en nuestra historia: Andrés Bello.

BIBLIOGRAFÍA

- Lira Urquieta, P. 1971. *Estudios sobre Andrés Bello*. Tomo II. Feliú Cruz, G. (comp.). Santiago: Fondo Andrés Bello, Camilo Henríquez. *EP*